

Roy Jacobsen

LOS INVISIBLES

Traducido del noruego por
Cristina Gómez-Baggethun

Título original: De usynlige

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © CAPPELEN DAMN AS 2013

© de la traducción: Cristina Gómez-Baggethun, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-910-4

Depósito legal: M. 23.770-2017

Printed in Spain

Un día de julio sin viento, el humo sube en vertical hacia el cielo. Dos remeros traen al reverendo Johannes Malmberget, y el pescador y labriego Hans Barrøy, legítimo propietario de la isla y cabeza de su única familia, ha salido a recibirlo. Lo espera en la rampa del embarcadero que construyeron sus ancestros con piedras de la playa; observa la barca, las fornidas espaldas de los remeros y, detrás de sus gorras negras, la cara sonriente y recién afeitada del reverendo. Cuando están lo bastante cerca, les grita:

—Vaya, llega gente fina.

El reverendo se levanta y recorre con la mirada la costa y los prados que ascienden hacia las casas rodeadas de una piña de árboles, escucha los graznidos de las gaviotas y los cuac-cuac de los gaviones que suenan como vulgares gansos sobre las rocas, y ve a los charranes y a los zancudos deambular bajo el sol de justicia, escarbando en la arena blanca como la nieve de las playas.

Pero cuando consigue salir de la færing y da unos pasos vacilantes por el rompeolas, descubre algo que nunca ha visto: su propio pueblo bajo las montañas de Hovedøya, la isla mayor, tal como se ve desde Barrøy, con su Factoría y sus casetas, sus granjas, sus bosques y su flota.

—Por Dios, qué pequeño es, apenas se ven las casas.

—Pues yo sí que las veo —responde Hans Barrøy.

—Tendrás mejor vista que yo —dice el reverendo con la mirada clavada en el pueblo en el que ejerce desde hace treinta años, pero que nunca había visto desde un ángulo tan descabellado.

—Es que es la primera vez que el reverendo viene por aquí.

—Bueno, a remo son más de dos horas.

—Tendrá usted vela, ¿no? —pregunta Hans Barrøy.

—Hoy el mar está como un espejo —replica el reverendo, todavía con la vista tornada hacia la casa, porque lo cierto es que le tiene pánico al mar y aún se nota alterado y tembloroso tras haber escapado con vida de la apacible travesía.

Los remeros han sacado las pipas y se han sentado de espaldas a fumar. Por fin el reverendo puede estrechar la mano de Hans Barrøy, al tiempo que se fija en el resto de la familia, que se acerca desde las casas: Martin, el viejo padre de Hans que enviudó hace diez años; Barbro, la hermana soltera de Hans, que es mucho más joven que él, y Maria, la mujer que gobierna la isla, que trae de la mano a la pequeña Ingrid, de tres años. El reverendo comprueba con satisfacción que todos se han puesto la ropa de los domingos; seguramente avistaron su barca cuando rodeó el islote de Oterholmen, que ahora no es más que un sombrero negro en el mar en dirección al norte.

Va al encuentro del pequeño grupo, que se ha quedado parado; todos mantienen la mirada clavada en la hierba y les estrecha la mano uno por uno, sin que a ninguno se le ocurra levantar la vista, ni siquiera al viejo Martin, que incluso se ha quitado el gorro rojo. En último lugar coge la mano de la pequeña Ingrid y se fija en que está blanca y limpia; ni siquiera ve suciedad bajo las uñas, que tampoco están mordisqueadas, sino cortadas, y se queda mirando los pequeños hoyuelos por donde con el tiempo asomarán los nudillos. El reverendo re-

tiene un ratito el pequeño milagro blanco y piensa que no tardará en convertirse en la mano de una esforzada trabajadora, en una mano nervuda, castigada y del color de la tierra, en una mano de hombre, como les ocurre antes o después a todas las manos de por aquí.

—Hola, pequeña. ¿Crees en Dios? —le pregunta.

Ingrid no contesta.

—Supongo que sí —dice María, que es la primera en mirar de frente al invitado.

Pero, en ese momento, el reverendo vuelve a hacer el mismo descubrimiento de hace un instante y pasa agitado por delante de la caseta del embarcadero, que parece un peldaño en el paisaje, y sube a un alto donde las vistas son aún mejores.

—Caramba, ya veo también mi casa.

Hans Barrøy lo adelanta y dice:

—Desde aquí se ve la iglesia.

El reverendo se apresura a seguirlo y se queda admirando la iglesia encalada que ha surgido como un pálido sello bajo las montañas en las que los últimos neveros parecen los dientes de una boca podrida.

Cuando se encaminan hacia las casas, empiezan a hablar de bautizos, de pesca y de plumón, y el reverendo está emocionado con la isla Barrøy, que desde su casa se ve como una piedra negra en el horizonte pero que, hay que reconocerlo, por Dios, ha resultado ser un vergel, como probablemente lo son tantas otras islas de por aquí, en las que solo vive una familia o dos: Stangholmen, Sveinsøya, Lutvær, Skarven, Måsvær, Havstein... En cada una de ellas, un puñado de personas que cultivan una fina capa de tierra, pescan en las profundidades del mar y paren niños que, al crecer, cultivan la misma tierra y pescan en las mismas profundidades; esta no es una costa árida y yerma, sino un collar de oro y perlas, como

acostumbra a subrayar el reverendo en sus sermones más inspirados. La cuestión es por qué no vendrá más a menudo por aquí.

Y la respuesta es el mar.

El reverendo es un bicho de tierra y el año ofrece pocos días como este; de hecho, lleva todo el verano esperando su ocasión. Pero aquí, a los pies de la rampa del pajar, mirando su eterna parroquia, en la que Dios ha mantenido el bastión desde la Edad Media, le pilla tan desprevenido el hecho de que, hasta ahora, no tuviese ni idea del aspecto que presenta su pueblo que casi le resulta irritante; es como si durante todos estos años hubiera tenido un velo ante los ojos, o hubiera sido víctima de un engaño, no solo respecto del tamaño de su parroquia, sino también, probablemente, respecto de la envergadura de su labor espiritual, que quizá resulte no ser mayor de lo que está viendo.

Por suerte, la idea es más inquietante que amenazadora, una metafísica procedente del mar donde todas las distancias engañan, y está a punto de descarrilar de nuevo cuando ve llegar a la familia: al viejo ya con el gorro puesto, a la majestuosa Maria siguiéndole los talones y, por último, a la robusta Barbro, a quien el reverendo, por motivos diversos y algo confusos, en su momento no logró confirmar. Los callados hijos de Dios en un islote del mar que, salta a la vista, es una piedra preciosa.

Empiezan a charlar sobre el inminente bautizo de Ingrid, la niña de melena castaña como la brea, ojos resplandecientes y pies que no calzan zapatos hasta mediados de octubre. ¿De dónde habrá sacado esa mirada tan despojada de la embotada estupidez de la pobreza?

El reverendo toma aire y, algo eufórico, menciona que le gustaría mucho oír a Barbro cantar en el bautizo, recuerda que tenía muy buena voz...

Pero entonces un pudor se extiende por la familia.

Hans Barrøy se lleva al reverendo a un lado y le explica que Barbro sin duda tiene buena voz, pero que no se sabe los salmos, que solo emite los sonidos que le parece que encajan y que, aunque por lo general le sale bien, esa fue también la razón por la que en su día no se confirmó, además de alguna otra, como el reverendo seguramente recordará.

Johannes Malmberget deja estar el asunto, pero aún hay otro tema que desea hablar con Hans Barrøy; se trata de la críptica sentencia de la tumba de su madre, que tiene preocupado al reverendo desde el día en que la enterraron, un verso algo ambiguo en su lápida que prácticamente dice que la vida no merece la pena ser vivida. Pero como Hans tampoco responde gran cosa a eso, el reverendo decide retomar la cuestión del plumón y pregunta si tienen sacos que vender porque necesita dos edredones nuevos para su casa y paga más de lo que les darían en el mercado o en la Factoría. Como dicen por aquí, el plumón vale su peso en oro...

Por fin han encontrado algo terrenal y claro de lo que hablar, así que se meten en la casa donde Maria ha puesto un mantel sobre la mesa del salón de las visitas y, una vez que han tomado café y tortas, y cerrado el trato, el reverendo se relaja tanto que de pronto siente que no habría mayor bendición que la de echarse una cabezadita, y entonces se le cierran los ojos y su respiración se torna más lenta y pesada. Está sentado en la mecedora de Martin con las manos en el regazo, un reverendo dormido en su casa, una imagen que les resulta tan imponente como cómica. Permanecen a su alrededor, de pie y sentados, hasta que por fin vuelve a abrir los ojos, chasquea la lengua y parece no saber dónde está. Pero enseguida los reconoce y parpadea como en señal de gratitud. Ellos no saben por qué les da las gracias y él tampoco lo explica; sin embargo lo acompañan de regreso a la barca y lo

ven recostarse sobre un montón de redes, junto a un saco de plumón y un cubo de huevos de gaviota, y volver a cerrar los ojos, de modo que se quedan con la impresión de que también duerme en el momento en que los abandona. El humo sigue siendo una columna recta en el cielo.

Todo lo que hay de valor en una isla viene de fuera, salvo la tierra, pero no es por la tierra por lo que están aquí, de eso son dolorosamente conscientes los isleños. A Hans Barrøy se le ha partido el último mango que tenía para la guadaña y se ve obligado a interrumpir la siega. No puede hacer un mango nuevo con los materiales que hay en la isla porque hay que usar fresno, que puede comprar en la Factoría, o algún otro tipo de madera que él mismo pueda conseguir gratis en otro sitio.

Clava la cuchilla en una de las estacas sobre las que seca el heno y se aleja dando zancadas por el camino de hierba que conduce al embarcadero, empuja la færing por la rampa hacia el mar de color de esmeralda y está a punto de subirse cuando cambia de idea y se dirige de vuelta hacia las casas. Al verlo doblar la esquina, Maria, que está sentada ante la pared sur remendando un pantalón, levanta la vista.

—¿Dónde está la niña? —pregunta Hans alzando mucho la voz, a sabiendas de que Ingrid lo ha visto y que se ha escondido para que la busque y le dé vueltas en el aire en grandes círculos.

Maria señala con los ojos la bodega de las patatas, pero el padre, en el mismo volumen exagerado, dice que es una pena

que la niña no pueda acompañarlo a Skogsholmen, el islote del bosque, y a continuación vuelve sobre sus pasos. Sin embargo, apenas ha avanzado unos metros cuando oye llegar a Ingrid y, en el momento justo, se agacha para que pueda saltar a sus brazos y abrazarse a su cuello. Ingrid empieza a dar gritos mientras él galopa como un caballo emitiendo sonidos que solo se permite cuando están los dos a solas.

Esta risa de la niña...

Le pregunta si quiere que cojan la piel de oveja.

—Sí —dice Ingrid dando palmadas.

Hans se mete en la caseta del embarcadero, coge una de las pieles y forma con ella una camita en la popa, luego vuelve a tierra, levanta a la niña y la sube a bordo. Ingrid se acomoda recostando la espalda contra el codaste, de modo que puede ver a su padre remar y a la vez mirar por encima de la borda girando la cabeza de lado a lado, sus deditos son como lombrices blancas sobre las tapas marrón brea de las regalas.

Esta risa...

Hans agarra los remos, bordea el cabo atravesando el enjambre de islotes y escollos y escoge el pasaje más directo hacia Skogsholmen mientras va charlando sobre el bautizo que celebraron hace tres semanas y sobre el esmero con el que habían decorado la iglesia para los ocho niños de las islas. Comenta que Ingrid fue la única que pudo ir por su propio pie hasta la pila bautismal y decir su nombre cuando el reverendo preguntó cómo se iba a llamar, y de paso menciona que ya va siendo demasiado grande para quedarse ahí tirada como una muerta sobre una piel de oveja en vez de hacer algo útil, como por ejemplo remar o sujetar un sedal para que puedan volver a casa con un carbonero o dos, y no solo con los palos para un nuevo mango para la guadaña.

La niña responde que no necesita crecer más y tan pronto se asoma por un lado de la borda como por el otro, a pesar

de que el padre le dice que en la barca hay que ir bien sentada. Hans cambia la dirección del islote de Oterholmen al serbal de la punta sur de Moltholmen; al cabo de ochenta remadas, cambia de nuevo el rumbo y atraviesa los escollos de Lundeskjærene justo por donde las aguas tienen profundidad suficiente y al final vira y entra cuando en un corte de montaña de la parte interior del islote, donde tiene un perno enroscado a la roca.

Manda a la niña saltar a tierra con la amarra y ella obedece, pero luego se queda parada, sujetando la barca como quien sujeta a una vaca por una correa, mientras él se levanta y echa un vistazo a su alrededor como si hubiera algo que ver: los pájaros en el cielo, las montañas a la espalda de su propia isla y los intensos graznidos de los charranes, parpadeos blancos y negros que cortan el espacio aéreo sobre ellos.

Desembarca y enseña a la niña a hacer un nudo ballestrinque. Ingrid se enfada cuando no le sale, pero el padre le enseña, lo hacen juntos y la niña se ríe; un ballestrinque alrededor de un perno. Hans le dice que, mientras él va al bosque, se bañe en la marmita de gigante, que entre los árboles hay demasiados mosquitos.

—Acuérdate de quitarte la ropa.

En el bosquecillo de la cuenca que recorre la isla de norte a sur encuentra cuatro troncos rectos. No son de fresno, pero sí de algo que no debería crecer tan al norte; uno de ellos incluso se curva junto a la raíz, de modo que se adaptará bien al hombro, es más de lo que podía esperar.

Se echa los palos a la espalda, remonta con brío el cerro y regresa a la marmita de gigante, donde la niña está con el agua hasta las axilas. Ingrid se contempla las manos, las entrelaza y las estampa contra la superficie del agua, que le salpica la cara y la hace chillar y poner muecas, esta risa...

Y esta inquietud del padre, un desasosiego que ha estado ahí desde el momento en que Ingrid nació.

Hans se recuesta, acomoda los hombros contra la rugosa roca hasta que la nuca toca la piedra y así se queda, mirando las bandadas de charranes y oyendo a su hija hacer las preguntas que haría cualquier niño, pretende que se bañe él también, los chapoteos y el templado viento del este, la sal contra los labios, el sudor y el mar. Hans se zambulle en un remolino de luz y oscuridad y, al salir, ve a la niña desnuda bajo el sol, preguntando si puede usar su ropa para secarse.

—Toma esto —le dice arrancándose la camisa.

Y oye a Ingrid reírse de lo blanco que tiene el torso y de lo negros que tiene los brazos y el cuello, dice que le recuerda a la muñeca que le ha fabricado con piezas que no encajan, también esto son ocurrencias normales en una niña, la muñeca se llama Oscar, aunque a veces se llama Anni.

De regreso capturan tres carboneros, los pescados quedan tirados a los pies de la niña que sigue envuelta en la camisa de Hans. El padre le pide que se la devuelva, que con el anochecer está refrescando, pero la niña se recuesta sobre la piel, se abraza las piernas y lo mira burlona por encima de las rodillas.

—Tú te ríes de todo —dice Hans.

Y piensa que Ingrid ya sabe distinguir entre el juego y las cosas serias, que rara vez llora, que nunca tiene berrinches ni se empecina en nada, que jamás está enferma y que aprende lo que tiene que aprender; debe deshacerse de esta inquietud.

—¿No los vas a tocar? —pregunta señalando los pescados con la cabeza.

—Están asquerosos.

—¿Dónde has aprendido eso?

—De mamá.

—Es que mamá es un poco fina. Pero nosotros no, ¿verdad?

La niña se lo piensa con dos dedos metidos en la boca.

—Las gaviotas tienen hambre —insiste el padre.

Ingrid introduce la mano derecha en el vientre del carbonero más grande, le arranca las vísceras y, asqueada, las sostiene en el aire. El padre va remando de un objetivo a otro, mientras la niña arroja las tripas al mar y ve cómo las gaviotas se precipitan sobre ellas, chapoteando, engullendo y peleándose en una especie de remolino de vida y muerte. La niña introduce la mano en el siguiente carbonero y arroja las vísceras a los pájaros, a continuación limpia el último y luego se asoma por la borda y va enjuagando los pescados uno por uno. Luego los coloca sobre el fondo, el mayor señalando estribor, el mediano en el medio y el pequeño señalando babor, y al final se lava las manos a conciencia. En esta niña no hay grietas, concluye el padre con los ojos entornados, nota por la barca que la niña sigue asomada por la borda para dibujar culebras en el agua, así que dirige una barca escorada hasta la rampa del embarcadero, la saca solo a medias del agua y le coloca las borriquetas porque está cayendo la marea.

Por el sendero hacia casa, la niña camina delante de él con los pescados en la mano, las últimas gotas de sangre le corren por las piernas flacas. El padre lleva los cuatro palos al hombro, el hacha bajo el brazo y, en la mano, la ropa seca de la niña. Se detiene y mira hacia el noroeste, el sol está pálido y brumoso, no tardará en convertirse en una luna, se avecina la noche y Hans se pregunta si debería reparar la guadaña enseguida o si sería mejor dormir al menos unas horas, hasta que el rocío caiga sobre el Jardín de Rosas, porque el rocío siempre cae primero sobre el Jardín de Rosas, donde crece una extraña hierba roja.